

ESTUDIOS

Sobre el americanismo de Ricardo Rojas

PERO ante todo: ¿qué es el americanismo?

Cuando se dice "europeísmo", por ejemplo —y el ejemplo es pertinente, porque de la vanidad europea ha surgido la idea de todo "ismo"—, se subentienden dos funciones de sendos sujetos: un europeísmo de los europeos y un europeísmo de los no-europeos.

El europeísmo de los europeos indica su manera de ser lo que son, dentro y fuera de casa. Y todo el mundo, incluso los turistas, en seguida advierten lo que es el europeísmo de los europeos dentro de Europa: 20 siglos de historia, un espíritu acabadamente objetivo, modos de vida y costumbres propios, etcétera. Y nadie ignora lo que fuera de casa son los europeos y su europeísmo: orgullo, conquista y colonización, imperialismo: un espíritu que se proyecta dominadoramente más allá de sus fronteras originales. Diríamos que para el europeo el europeísmo es su modo de ser y obrar conforme a su propia naturaleza, la cual tiene de particular la capacidad de continuar siendo la misma fuera de su ámbito natural o natal.

El europeísmo de los no-europeos es otra cosa: es una manera de ser que consiste en pretender o desear ser europeos, o al menos como los europeos. Este europeísmo, que no es conforme a la naturaleza del sujeto que lo profesa, le da al europeo la impresión de un europeísmo venido a menos o una caricatura del europeísmo, y nunca deja satisfecho al agente. Para los no-europeos más sensibles la presunción de europeísmo va secre-

tamente mechada de un sentimiento del ridículo que acaso roza ya subconscientemente un principio de contricción.

Esta segunda función del europeísmo pone en camino de comprender el "americanismo", fenómeno más complicado y sin parangón en el mosaico del mundo. Por de pronto, se impone una distinción continental: el americanismo de los norteamericanos y el americanismo de los latinoamericanos. El de los norteamericanos comenzó por un dogma político: "América para los americanos"; actualmente incluye una dispersión norteamericana, económica y cultural, por todo el mundo, incluso Europa. Contrafigurando la actitud activa, por así decir, de ese americanismo, el de los latinoamericanos se quiere receptacular y pasivo, habiendo acuñado a su tiempo los dogmas inequívocos de esta vocación por boca de dos de sus pensadores argentinos más sinceros: "América para la humanidad", y "Que la Europa nos penetre por todos los lados". Hay, pues, en el americanismo de los latinoamericanos un europeísmo confesado y un no muy implícito antinorteamericanismo.

Rasgo común a ambas especies de americanismo es que uno y otro ponen entre paréntesis la cuestión: "¿qué es lo americano?", como dándolo por consabido o renunciando a averiguarlo. Es ese entreparéntesis lo que trata de abrir y desentrañar una tercera especie de americanismo, el de los americanistas propiamente dichos, o sea ciertos sabios, principalmente europeos, que se interesan a fondo en la arqueología, en la etnografía, en la filología, en la paleontología, en la historia del continente americano.

Y por último una cuarta especie: la de ciertos americanos que se vuelven sobre sí mismos en afán o presunción de autoconocimiento íntimo, y, en general, superficializando lo ahondado por los americanistas extranjeros, y soslayando el examen profundo de la realidad presente, se atreven a juicios absolutos que desahucian el presente y remiten al futuro infinitas grandezas del destino americano—oh, América, crisol de razas, matriz de raza cósmica, "obra inédita del Creador, ¡teatro espléndido destinado al porvenir del mundo!"...

En el fondo de este americanismo, de apariencias tan reflexivas a veces, late lo verdaderamente auténtico del ser histórico americano: el padecimiento inherente a ser eso, la pasión americana. Bajo cualquiera de sus máscaras posibles, venturosas o infaustas, este americanismo cifra un sufrimiento confesado o eludido, el sentimiento o subsentimiento de una tara connatural inamortizable. Esta oscura tara envuelve dos repuliones típicas: la de la tierra y la de las razas aborígenes. No podrían

sorprender mucho estas reacciones en el alma americana culta y de raíz inmigratoria, pero tampoco podrían considerarse extrañas al alma indígena en estado puro, si ha de juzgársela por la índole terrífica de sus principales mitos telúricos y sus costumbres normalmente sanguinarias. En el telurismo americano cuenta más el temor que el amor de la naturaleza, geográfica y humana. Y no puede caber la menor duda de que el único racismo radical que aqueja al alma americana apunta directa o indirectamente a las razas indígenas. El alma americana prefiere el negro al indio; el indio no le inspira la confianza que el negro le gana enseguida; llega a amar al negro, jamás al indio. Durante el siglo XVIII y el XIX los documentos acreditan más negros al servicio privado de señores que indios. Sugestivamente, la fantasía heroica de la época de las guerras de independencia no señala al interés o al afecto —al menos argentino— público algún indio que equivalga, por ejemplo, al negro Falucho. Pero también es cierto que por su parte el indio se muestra, en su reservada pasividad de derrotado y despojado del suelo, eminentemente refractario a los arbitrios de los "vencedores", en contraste con los negros que se muestran, tal vez por advenedizos, tan eminentemente permeables y permeantes en su relación con los dominadores.

Ciertamente, hecho de todos esos ingredientes el americanismo argentino se presenta con rasgos muy particulares dentro del panorama continental, sin duda a causa de: la escasez y menor desarrollo cultural de las poblaciones indígenas, hoy prácticamente incomputables; el mayor coeficiente inmigratorio en la composición demográfica; el espíritu "ilustracionista" de la llamada instrucción pública y la formación cultural general. Por fuerza tenía que ser un americanismo razonablemente descargado de todo indigenismo, incluso el demagógico; aunque no de todo antiindigenismo, porque el racismo americano funciona en la psique americana como un a priori absoluto. Pero, como todo americanismo, el argentino necesita imprescindiblemente del indio, exista o no de carne y hueso, y tanto mejor si no existiera bajo esta forma tan incómoda, porque el futurismo del americanismo argentino incluye expresa o tácitamente un idealismo de tábulas razas presentes, y es preferible para el espíritu habérselas con fantasmas que no con seres de hueso y carne.

Ricardo Rojas, uno de los argentinos más profundamente aquejado de "pasión" americana, necesitó más que ninguno del indio para sus representaciones, pero —fiel a su "argentinidad", según su palabra, y reflejo exacto de las condiciones históricas de su país— fue a buscar al indio, o sólo lo admitió, donde no podía estar corporalmente; en el pasado o

el presente semi-mitológico o folklórico, y aún allí de paso a una póstuma alegoría composita, donde no estaría ya, ni siquiera en imagen, solo, sino fundido o confundido con otros. Concibió y admitió al indio únicamente para su estética. Con la palabra "Eurindia" quiso significar la síntesis simbólica de esa promoción catártica del indio. Curioso y generoso indigenismo el de su americanismo, abstrae la presencia antropológica del indio en sublimaciones de una retórica ambiciosa, que pretende conjugar intuición pitagórica y voluntad didáctica. "La Tierra me dio el símbolo de la materia; el Árbol me dio el símbolo de la vida; el Templo me dio el símbolo del Arte. Cuando encontré estos símbolos fue para mí como si me los hubieran inspirado las universales musas de Pitágoras, y me creí uno de aquellos alumnos a quienes el maestro, en su escuela de Crotona, les hacía intuir la unidad de todas las cosas". Aun cuando en su intención la palabra "Eurindia" debía cifrar la confusión armoniosa de lo europeo y lo indígena, en realidad traducía principalmente la euforia literaria y didáctica que traspasa de un extremo al otro la obra de ese título. "La intuición genial es don divino; pero ella no excluye la iniciación teórica que, en la cultura de una raza, puede preparar la atmósfera necesaria al florecimiento del genio". La historia no prueba la legitimidad de este remate optimista, pero él abundó sin descanso en el empeño de "la iniciación teórica". Su oficio de cátedra y su cultura intelectual lo comprometían especialmente a esta función. "Ensayo de estética sobre las culturas americanas", se titulaba *Eurindia*. En rigor el ensayo resultaba más "para" que "sobre"; postulaba una estética totalizadora a partir de las culturas concurrentes en América. Con sus dramas *Ollantay* y *La salamanca* aspiró a ilustrar la reglas metódicas del eurindismo; y en efecto, esos dramas, como la propia teoría, son más fuertes en la voluntad de construcción que en la revelación creadora. Él sabía muy bien que una cosa son las reglas de la estética y otra la creación de la belleza. En su caso personal concurría la dificultad de que la teoría tendía incoerciblemente a cierto rigorismo dogmático no exento de esoterismo. Aun cuando se apresuraba a advertir que su estética "no proponía reglas claustrales para el arte ni para la patria", lo cierto es que su fantasía se "recreó a solas" (pág. 167) en representarse el coronamiento del esquema teórico bajo "el símbolo del Templo". Prevenía: quien entre allí "insensible a toda emoción religiosa o a toda intuición mística, será como si jamás hubiera entrado" (XCIV). "Los ritos de esta basílica pertenecen todos a una religión de belleza" (XCVI). "El Templo de mi símbolo es un lugar de meditación y contemplación" (XCVII).

Por más que reiteradamente propugne un ser "conforme a la naturaleza" (págs. 204, 254, 257, etc.) como dato básico de la personalidad creadora, es indudable que la estética euríndica lo quiere dentro de Templo, siquiera simbólico. Los otros dos símbolos de la alegoría trinitaria prometida al principio —el símbolo de la Tierra, el símbolo del Arbol— terminan enclaustrados en ámbito de grandes bóvedas. Pero esos dos símbolos eran lo propio del indio; la "superación" que promete el tercero, el del Templo, encerraba para el indio —constructor de grandes muros de piedra y techos deleznable— sutilmente un nuevo sepultamiento...

Templo. Basílica. Meditación. Contemplación. Acaso estas palabras proporcionan una clave final. ¿Y si aconteciera que la estética verdaderamente americana no tuviera que ser cuestión de Templo sino de aire libre? ¿Si resultara que el misticismo americano no pidiera quietismos contemplativos y meditativos, sino todo lo contrario, acción, la acción espontánea y libre como manda su condición de edad —si es que debemos presumir joven todavía el alma americana— o como mandaría lógicamente la necesidad de sacudir todos los yugos de la omnímoda servidumbre que viene gravándola desde el primer día de la conquista? ¿Y si ocurriera que el "atraso" americano no fuera sino la medida en que los moldes reflexivos y formales que se le imponen a nombre de la cultura, como pautas de formación y de vida, sofocan y violan la ley natural de su ser esencial?

Tiénesse, en efecto, con frecuencia la impresión de que, sobre el destino americano pesa demasiado un saber cómo deben hacerse las cosas, legislado según razón preestablecida desde arriba, por así decir, obrando sobre una "naturaleza" que no se atreve a valerse de sus propias facultades. A nombre de esta naturaleza postergada urde Rojas su eurindismo; pero su espíritu magistral cede a la tentación legislante, y así su teoría encierra una recaída en la inveterada situación. Me parece evidente que en el fondo del estetismo, que quiere ser generoso y liberador, de la teoría de este preclaro hijo de América, juega un riguroso espíritu docente que no quiere consentir —ni consentirse— toda la libertad que por dentro le está pidiendo la condición más propia de su ser. Los compromisos de la vocación académica y pedagógica pueden allá visiblemente más que los dictados infusos de la pasión americana que agitaba inocultablemente el alma del gran escritor. Este desequilibrio interno mide la debilidad de su estética. Pero se liga secretamente a uno de los resortes característicos del americanismo argentino: un visceral anti-indigenismo, que muchas veces osó decir su nombre por boca de sus mayores figuras de antaño, pero que en las del

presente —como la del autor de *Eurindia*— se siente obligada a recatos siquiera literarios. Hay, sí, un fondo perceptible de indigenismo en la estética euríndica; pero es un fondo principalmente escenográfico y ceremonial; la sobreabundancia formal a que se obliga vuelve más notorio el escamoteo del drama humano auténtico. El espíritu del americanismo argentino siente —y comprende— más las reglas de “la iniciación teórica” que las fuerzas “naturales” que rigen “el florecimiento del genio”.

BERNARDO CANAL-FELJÓO,
Sociedad Argentina de Escritores.